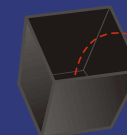


# El chino Fú



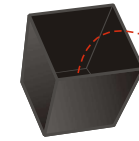
La Caja de la china

# 3



Cuando uno lee la literatura del chino Fú y no le conoce puede imaginarlo como un extravagante individuo, extrovertido, algo anarquista quizás, entre otras retorcidas suposiciones. Pero nada más lejos de la realidad, Michel es un tipo tranquilo, con verdadera paciencia asiática, y muy sencillo. Me aventuro a asegurar que nada sórdido. Le conozco desde hace mucho, pero en realidad creo que nunca se llega a conocer del todo a las personas como Michel, con un inescrutable universo interior del que echa mano cuando escribe, como si se transformara en otra persona. He llegado a pensar que su yo exterior, tan callado, a veces hasta indiferente o simple, es señal del agotamiento de su yo interior de vuelta de esas correrías por mundos cibernéticos, ficciones fantásticas, personajes complejos; a lo mejor la escritura, como la actuación, es un modo de metamorfosearnos en lo que no queremos ser más que dentro de nuestras fantasías. Y experimentar un modo de libertad absoluta en el corto tiempo de una cuartilla antes en blanco.

# MIRA LO QUE ME HAGO CON LIEV DAVIDOVICH BRONSTEIN. Michel Encinosa Fú



La Caja de la china

# 3

## I. La guerra franca contra la reacción

No parecía un tipo muy listo, pero leía *Salambó*, y usaba una gorra de los *Knicks*.

Solía preguntar a los escritores:

—¿Eres otro ingeniero del alma humana, o un emulador de Super Nintendo para el crítico especializado?

Su nombre: Alberto Julián.

De espaldas, desnudo, solo necesitaba alas para ser Dios.

O cuando menos uno de sus agentes de seguros.

Profesiones conocidas: Cazador de tesoros feéricos, piloto de cazabombardero aeroespacial, activista de la oficina central del censo subatómico.

Profesiones inconfesables: Editor del Órgano Oficial del Sindicato de Trabajadores del Trabajo.

De frente, desnudo, solo necesitaba la castración, y entonces sería más que Dios. Sería perfecto.

Solía peinarse y repeinarse, no porque lo necesitase, pero disfrutaba de sus brazos alzados y las tenues líneas del costillar. Así estirado ante sí mismo, en una versión adulterada y vulnerable del Hijo del Hombre, le brillaban los ojos con una humedad fría, y se llamaba a sí mismo:

—Hola, Gabrielle. Gabrielle, dulce Gabrielle, mi Gabrielle.

Perversiones inexplicables, o casi: Fotocopias de las etiquetas de la ropa interior de Frida Khalo, las estrellas que se ahogan en los charcos, y el lado oscuro de su cerebro.

Pasatiempos, diversiones y hobbies inevitables: YO.

—Gabrielle, mi Gabrielle —me decía ante el espejo—. No dejes que te toquen, no los dejes. Todos son cochinos, horribles. Todos son violadores, asesinos. Ninguno de ellos te va a hacer feliz.

Yo me preguntaba cómo se las arreglaba para ser tan estúpido. Nadie podría tocarme jamás. Para eso, yo hubiera necesitado un cuerpo.

Sin embargo:

—Tranquilo, relaja —le decía yo—. Estamos bien. Estamos a salvo de todo y de todos. Somos felices, ¿verdad que somos felices?

Él me miraba de reojo y sonreía, a pesar de saber que era mentira.

Yo también sonreía.

—Para modificar el patrón individual de pensamiento de cualquier mujer —decía él— basta con llegar y tocarle el culo. Y no me refiero a la nalga, sino al culo. Con uno o con dos dedos, da lo mismo. O lo que es mejor; con una pluma. Una pluma de paloma recogida en cualquier azotea recagada por gorriones. Pero eso sí, tiene que ser pluma de paloma, no de gorrion, mucho ojo con eso, mucho ojo con lo que usas para tocarle el ojo del culo a una mujer. Tiene que ser pluma de paloma. Y ya la mujer no será la misma.

Por eso, cuando se me acercó un día a través del espejo con una pluma de paloma en la mano, quise meterle una patada en los huevos.

—Coño, Gabrielle —me dijo—. Yo solo quería cambiar tu patrón individual de pensamiento.

—Cámbiate el tuyo primero —le dije.  
Y me fui mientras él se bajaba los pantalones.  
No surtió efecto.

A veces ando pensando cosas tan raras que yo misma me pongo los pelos de punta. En medir los bordes del espejo con la nariz, en jugar a tirar un cuchillo al aire y atraparlo con los párpados.

Supongo que será porque preferiría ser cualquier cosa antes que una persona ordinaria.

Supongo.

También tengo otras sospechas al respecto, pero son tan patéticamente ordinarias que prefiero ignorarlas.

Soy un encanto.

Y siempre odié, repito, odié, a la mujer gris.

## ***II. En defensa de la revolución permanente (o algunas explicaciones sobre la mujer gris)***

La mujer gris en la cama gris de la habitación gris del corredor gris del cuarto piso gris del edificio gris no dejaba de llorar y me sacaba de quicio.

También se llamaba Gabrielle. En mis mejores días, lograba pensar que era una coincidencia inevitable. En mis peores días, lograba que me sacase de quicio.

—Tú no me quieres —decía—. Lo mejor que puedo hacer es morirme.

Yo me balanceaba en el sillón y miraba a la ciudad gris tras la ventana gris, y luego al techo y al piso y a mis manos vacías y a mis dedos flacos y entrelazados y apretados.

—Estate quieta —le aconsejaba yo a la mujer gris—. O hablo con los médicos para que te dejen en este edificio gris de mierda un año completo.

—Tú no me quieres.

—Cállate. Duérmete. Despiértate cuando me haya ido, y entonces quéjate del mundo y de la vida. Y quéjate de mí también. Cuando me haya ido.

—Me duele.

—Tómame una pastilla. Vírate del otro lado. Duérmete. Cállate.

—Pero tú me quieres, ¿verdad? Yo te llevaba ya en mi vientre cuando la beca en la República Checa, ¿recuerdas? Y después subimos, visitamos Polonia, la Pomerania...

—Sí, mamá. Yo te quiero.

—¿No me vas a dejar sola, verdad que no?

—No, mamá, no voy a dejarte sola.

La mujer gris se callaba, tragaba una pastilla, se viraba del otro lado.

La creía dormida, pero enseguida decía:

—Tú no me quieres, Alberto Julián.

Yo miraba mis manos, y las veía grises.

Tan grises.

Antes, mucho tiempo atrás, la mujer gris llegaba a mi casa y salía de ella a las horas más insoportables, me daba de comer y me limpiaba los mocos, me cantaba al oído por las noches y escribía sin parar en su asqueroso diario. Nunca me enseñaba lo que escribía, pero a mí no me interesaba eso.

A mí me intrigaba mucho que una mujer gris como ésa me hubiera tenido en su gris barriga durante nueve meses tan grises. Nunca conocí al hombre gris que la hizo tan gris, ni a los grises médicos que le picaron la barriga para sacarme de adentro, envuelto en un sudario gelatinoso y oloroso a mundos grises donde alguien muy payaso y cabrón me construyó de la forma equivocada.

En todo caso, cuando la mujer gris se desnudaba, dejaba de ser gris.

Yo la miraba y me intrigaba por la fragilidad de todos los disfraces. Cuando la mujer gris se desnudaba, yo quería matarla, porque

tenía puesta una piel que me pertenecía. Una piel que debería arrancarse de los huesos y colocarla sobre los míos.

A veces me atraía hacia sí y me incrustaba en su carne y me decía:

—Crece, crece pronto, Alberto Julián, crece rápido, hazte un hombre grande, un hombre fuerte.

Y jugaba conmigo, ambos desnudos, a desnudarnos más aún, a intercambiar las pieles y las carnes y los huesos, y yo jugaba con ella porque sabía que un día tendría esa piel para mí solo, para no compartirla con nadie, para vivir como Dios manda.

Ahora abro el diario de la mujer gris, sucio y viejo sobre un montón de cosas sucias y viejas que pronto echaré a la basura, y veo que escribía allí cosas como ésta:

*“Ya no hay infancia, Saint-Exupéry.*

*Ya no hay silencio.*

*Ya no hay ni soles ni estrellas.*

*Y sin embargo, somos niños.*

*Niños callados, Saint-Exupéry. Niños que invocan melodías mudas bajo soles extraños, bajo estrellas lejanas, y me temo que el tiempo no está ya a nuestro favor.*

*Las estrellas nunca parecieron tan lejanas como ahora, Saint-Exupéry.*

*Nunca.*

*Y ya no hay faroleros que enciendan estrellas en nuestras ciudades, en estos pequeños planetas de cada cual y solo para cada cual, en los que nos hemos exiliado.*

*Este es un tiempo de príncipes exiliados, Saint-Exupéry.*

*Y el exilio no es para los pequeños.*

*En algún lugar, cientos de manos aplauden al último Macbeth sobre el proscenio, y la Mona Lisa sigue sonriendo. Pero estos son pequeños milagros, Saint-Exupéry, insuficientes para bálsamo de nuestras angustias pequeñas, y me temo que ya el tiempo no está a nuestro favor.*

*Así es, Saint-Exupéry.*

*Me temo que nosotros, callados, exiliados y pequeños, no estamos ya a favor de nadie.”*

Patética de mierda, la mujer gris. Pero así de patética y todo, cuando me prestaba su piel y colocaba sus manos en aquellas partes de mi cuerpo que yo más odiaba, y cerraba los ojos para tocarlas con la boca, y yo acercaba mi boca a las partes de su cuerpo que a ella le gustaba sentir tocadas, yo la quería, de algún modo.

No soy perfecto.

—¿Te gusta tocarme, Alberto Julián? —me preguntaba—. Dime que te gusta, dime que te gusta mucho. Yo ya no quiero que nadie más me toque, Alberto Julián. Tú eres el único. El mejor de todos. Tú eres parte de mí misma.

Yo le hubiera dicho que era absurdo preguntarme si me gustaba tocarme a mí mismo, porque sospecho que no lo hubiese entendido. Que yo no era parte de ella, sino ella misma, y que eventualmente la extraña circunstancia de coexistencia física en este universo sería rectificadas. Pero en vez de eso hundía más los dedos y la lengua en su carne y le decía que sí, que me gustaba mucho, que nadie más la iba a tocar.

Y esto último, al menos, era verdad.

De cualquier forma, cuando un día me miré al espejo y descubrí allí a alguien que no era yo, ni ella, sino lo que yo debería ser al margen de ella, me sentí mucho mejor.

—Hola, Gabrielle —le dije a la del espejo—. Hola, mi Gabrielle, mi dulce Gabrielle.

Y mi dulce Gabrielle sonrió, se desnudó para mí y me dejó ver mi verdadero cuerpo bailar allí dentro. Por eso, apenas nacida, la odié, igual que ella me odió a mí, igual que ambos odiamos a la mujer gris. Ella, la del espejo, era lo que yo quería ser, pero era cautiva del espejo. Yo era cautivo de un cuerpo que no era el que quería.

Cuando la mujer gris quedó bien bajo tierra, fue un alivio. Sin su presencia perturbadora, mi cabeza ganó claridad, y supe que tarde o temprano tendría que matar a la otra, a la del espejo, para entonces sentirme completamente dueño del nuevo cuerpo que planeaba construir sobre los escombros del mío.

Por supuesto, a la del espejo nunca le gustó la idea.

Por eso, desde entonces, conversábamos sobre temas banales, y esperábamos.

### **III. La edificación pacífica**

Yo lo odiaba cuando se ponía a hojear el diario de la mujer gris, cuando se vestía de mujer gris, cuando quería ser yo. Lo odiaba siempre.

Yo no era una mujer gris. Pero él jamás lo entendería.

—Existen dos soluciones para tu problema, Alberto Julián —le decía yo cuando él venía a verme en el espejo—. La primera incluye escalpelos, bisturís, plasma sanguíneo, tratamientos con hormonas. La segunda es magia.

—Yo no creo en la magia, Gabrielle —replicaba él—. Tampoco voy a convertirme en una ensalada de carne picoteada en un quirófano. Tiene que haber una tercera solución. Piensa, Gabrielle, piensa.

—Yo no necesito pensar —reía yo—. Yo no necesito nada de eso. Yo ya soy libre.

Él sabía que eso era mentira, y sin embargo, invariablemente, hacía ademán de estallar un puño contra el espejo, pero el miedo a la sangre y el picotillo de carne lo frenaba.

—Tú verás —decía al fin—. Un día, tú verás.

—Tú también verás —lo amenazaba yo—. Un día.

Un día que nunca llegaba.

Él sonreía. Yo sonreía. Un desfile de dientes afilados.

### **IV. Más que un régimen transitorio**

Salir de dudas entre tus piernas, de las dudas entre tus piernas, de tus piernas sumidas en la duda de mis piernas, y de tus manos. Muy importantes, sí, tus manos. Aún guardo fotos de tus manos en una caja. Están secas, Gabrielle. Están ya muy secas tus manos.

Ya no me sirven, así, tan secas. Ya no me gustan.

Dime, Gabrielle, ¿dónde está ahora Pomerania?

Estúpida.

Sospecho que, para ser feliz, hubieras necesitado un tranvía llamado Obsesión, un pájaro teñido de azul en jaula de sándalo, un hombre bueno y al que jamás podrías pedir que fuese yo.

Y un poco más de suerte, claro.

Yo tampoco soy feliz, pero, ¿sabes?, ya vi la nieve y sé que no es tan fría.

Por eso, tal vez, no dejo de reír.

El Moisés, Isadora Duncan, Madagascar, Hiroshima, Veinte años de soledad, [www.seventeen.com](http://www.seventeen.com), ¿crees en todo eso?

Quiero decir, son demasiadas cosas en que creer.

Tus pies, tu vesícula, tus pupilas, ¿crees en todo eso? De verdad-verdad, ¿crees en todo eso?

Mira, aquí en mi cuarto recurrente tengo de todo y nada me falta. Con esto quiero decir que mi cuarto ya no es mi cuarto, sino una pendeja filial del paraíso. Y como ya estoy cansado de tantas pendejas versiones de tantas cosas pendejas, ya no duermo en mi cuarto.

Sé que te mueres por saber, Gabrielle, cómo son por dentro los cadáveres. Bien, yo te diré. Son como tú por dentro, solo que no me quitan el sueño. Cuando duermes junto a un cadáver no tienes que preocuparte por los ronquidos o los codazos, o por los asaltos alevosos de media madrugada que te dejan luego el ácido en la cabeza de pensar que todo ha sido un error, que sencillamente has sido confundido con otro a quien han confundido contigo, porque así es

como funcionan las personas dormidas.

Eres estúpida, Gabrielle. Muy estúpida. Por eso dentro de un minuto me vas a mirar con cara rara, y preguntarás con cuál de las dos estoy hablando. Si con la que está bajo tierra, o con la del espejo. ¿No es obvio eso, Gabrielle, estúpida?

Yo sé muy bien con cuál de las dos hablo. No estoy loco.

Y da igual con cuál de las dos.

Yo no soy ninguna de ustedes dos. Y eso es lo fundamental. Lo tengo todo bien claro. Sé quién soy.

Soy Gabrielle.

#### ***V. La táctica se halla siempre subordinada en última instancia a la estrategia***

Ya en los últimos días se miraba al espejo —desnudo como siempre— sin mirarme.

Estúpido.

Loco de mierda.

—Eso no te va a resultar, Alberto Julián —le advertí—. Aún sigo aquí. Aunque rompas el espejo, seguiré aquí. Si te mutilas, si te vistes de rojo, si te doctoras en biotecnología, seguiré aquí. Para sacarme de ti, tendrías que clavarte un destornillador en el cerebro. O meter tu cabeza, previamente cortada, en un microondas.

—No tengo que sacarte —dijo él, así de súbito, y me miró—. Basta con que tú misma desees irte.

—No seas comemierda —reí—. ¿Cómo voy a querer irme, a dónde, por qué?

—Para ti soy un sucio perverso, ¿verdad, Gabrielle?

—Pues claro que lo eres.

—Soy un cochino loco, una cosa repugnante, ¿verdad?

—¡Bingo! El nene se ganó el premio gordo.

—Bueno, entonces te importará al menos un poco que yo haga esto...

Y alargó su mano hacia el espejo, hacia mi cara.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No es obvio, mi dulce Gabrielle, mi estúpida Gabrielle? Te estoy tocando.

Sentí que me quedaba tiesa.

Coño, sí. Podía sentirlo.

—¿Te gusta que te toque, Gabrielle?

Y su mano se posó en mis pechos.

—Carajo, no.

Lo sentía.

Su otra mano llegó a mi hombro, siguió la línea de mi cuello, de mi pómulo.

Me tocaba.

—¡Déjame! ¡No hagas eso, cochino!

—¿Te gusta, Gabrielle?

Dio un paso, y lo tuve cerca, muy cerca, tan cerca por primera vez.

Podía olerlo.

—¡Déjame ya!

—Ah, bueno... —enarcó las cejas—. Si no te gusta...

Siempre puedes irte.

—No lo vas a conseguir —le dije, aunque la náusea me invadía.

Él se pegó aún más, se adhirió lentamente al espejo, a mi cuerpo, rodilla con rodilla, clavícula con clavícula, se apretaba más y más contra mí.

—Entonces, ¿no te vas?

Su mano rodeó mi cuello, apretó mi nuca.

Sus labios se pegaron a los míos.

—¡No me voy! ¡No me voy a ninguna parte!

Metió su lengua en mi boca. Si los espejos pudieran crujir sin romperse, aquel lo hubiera hecho, con tanta presión le imponía él su carne.

—Ahora lo vas a sentir de verdad —dijo.

Metió una mano entre su cadera y el espejo, aferró aquel pedazo de carne inútil que tanto odiaba de sí mismo, y pugnó por hundirla en el espejo, por hundirla en mí. Se abrió de piernas para abrir las mías. Lamía mi cara, y cuando abríamos los ojos nos veíamos a través de un muro de niebla y llovizna.

—¡Vete! ¡Vete! —gritaba ya, y empezó a golpear sus caderas contra las mías, sin dejar de embestir con su pedazo de carne, y su cabeza contra la mía, contra el espejo. Tan fuerte se aferraba a mi silueta que las uñas se le saltaron, y cuando intentó empuñar mis cabellos unos hilillos rojos bajaron cruzando la niebla y la llovizna.

Empezaba a resbalarse hacia abajo por su propio sudor, y por eso se aferraba a mi silueta sin volumen, trataba de penetrar en mi espacio, en mi lado de su mundo.

Yo hubiera querido decirle que era inútil, estúpido, de mi lado no había nada, solo una puerta transparente, cerrada a un universo de golpes y sudores y carnes odiosas y sangre en negros coágulos. Pero callé. Dejé de gemir, de gritar, y callé.

Que fuese.

Su pedazo de carne escupió algo, no supe si orina, si sangre o esperma, o todo eso a la vez, sobre mi vientre, y como a una señal sus músculos se aflojaron de los huesos, sus tendones pendieron, y de súbito era yo quien lo sostenía en pie, lo atraía hacia mí, al tiempo que mis pies se alejaban del espejo, pero no hacia dentro, sino hacia fuera, hacia el aire de su cuarto recurrente, de sus viejos olores a mujer gris, de su triste locura.

—¿Qué haces? —preguntó muy débil, dentro de mi cabeza.

—Shhh —lo arrullé—. Tranquilo. Duerme. Adiós.

Me limpié la sangre de la frente y las manos, y me remendé lo mejor que supe.

Su voz viajaba aún entre mis oídos y un abismo lejano, pero la acallé a fuerza de voluntad. Yo conocía ya ese abismo. Él, no. Jamás saldría de él.

Pensé que tal vez lo echaría de menos.

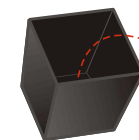
De verdad, no parecía un tipo muy listo, pero pasaba horas escuchando a Dvórák, y siempre iba muy bien peinado.

Su nombre: Alberto Julián.

Colores predilectos: El gris, en piel de mujer.

Última profesión: Gabrielle.

Yo misma lo maté.



La Caja de la china

3